

# **DEL EXILIO ESPAÑOL A LA FILOSOFÍA MEXICANA. UNA TRAYECTORIA MÁS QUE INTELLECTUAL. ENTREVISTA CON MARÍA DEL CARMEN ROVIRA GASPAR (1923-2021)**

## **FROM THE SPANISH EXILE TO THE MEXICAN PHILOSOPHY. AN INTERVIEW WITH CARMEN ROVIRA GASPAR (1923-2021)**

Antolín SÁNCHEZ CUERVO  
*Instituto de Filosofía - CSIC*

El pasado 19 de septiembre de 2021 fallecía en la Ciudad de México María del Carmen Rovira Gaspar, el último eslabón de la gran escuela creada por el filósofo hispano-mexicano José Gaos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y del exilio intelectual republicano de 1939 en general. Había nacido en Huelva en 1923, trasladándose a Madrid con su familia algunos años después, en donde vivió el transcurso de la Guerra Civil española. Era hija del político socialista Miguel Rovira Malé, lo que motivó su exilio en México, consumado tras un largo viaje durante el que vivió muy de cerca el horror y el desastre de la guerra, la brutalidad del fascismo y la violencia de Europa, la indignación por la injusticia y la intemperie del exilio. También vivió esas experiencias singularmente humanas que afloran en las peores circunstancias, como la compasión y el amor a la vida, que ella nunca dejaría de expresar.

En México cursó estudios de Filosofía en la UNAM, en donde se integró en el seminario de Gaos. Junto a Luis Villoro, Leopoldo Zea, Bernabé Navarro, Ricardo Guerra o Vera Yamuni, entre otros de sus discípulos, formó parte de la vanguardia de una tradición intelectual que, como la orteguiana, evolucionaba creativamente en el horizonte del exilio y se reformaba, reformulaba y adaptaba a la circunstancia mexicana bajo la impronta singular de Gaos. Uno de los caminos que adoptó esta reformulación crítica fue el de la investigación sobre el

pensamiento de lengua española en general y la filosofía mexicana en particular, tanto desde un punto de vista historiográfico, mediante la recuperación de legados desconocidos o escasamente explorados, como hermenéutico, ahondando en la reflexión sobre sus condiciones de posibilidad, su perfil singular y su proyección creativa. Esa fue la escuela en la que se formó Carmen Rovira, cuyos frutos se han ido plasmando en una obra dilatada y singular centrada en la filosofía mexicana, desde la crítica de la Conquista, con la que no podía menos que simpatizar, hasta sus propios contemporáneos, pasando por sus grandes expresiones novohispanas, sus recepciones creativas de la modernidad científica y política, sus etapas de conformación de una conciencia nacional y sus diversas tendencias a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, algunas de las cuales ella rescató del olvido e incluso descubrió sin más. El Seminario Permanente de Filosofía Mexicana, del que ella misma fue fundadora, dedica precisamente sus sesiones, desde el pasado mes de febrero de 2022, a la lectura y discusión de esta obra. Tanto sus discípulos como sus colegas y lectores estamos llamados a dialogar con ella, a apreciar su originalidad, plasmada sobre todo en sus planteamientos del humanismo y la utopía, y también, por supuesto, a ejercer la crítica que ella siempre exigía con honestidad a todo aquél que leyera alguno de sus trabajos.

La entrevista que ahora sigue, inédita hasta ahora, fue realizada en julio de 2011 y recoge una panorámica de su trayectoria vital e intelectual.

Antolín Sánchez Cuervo (ASC): Hoy es 15 de julio de 2011 y nos encontramos en Ciudad de México, en el domicilio de la Dra. Carmen Rovira, a quien agradezco mucho su disposición para esta entrevista. Sin más preámbulos, me gustaría preguntarte, Carmen, en primer lugar, por tus recuerdos de España cuando vivías allí en los años treinta, antes de la Guerra Civil.

Carmen Rovira Gaspar (CRG): Por entonces yo vivía en Huelva. Mi padre era ingeniero industrial y trabajaba en esa ciudad, en la que de hecho nací. Mis recuerdos de Madrid son ya de 1936 en adelante. De entonces sí que recuerdo la guerra, los bombardeos, todo lo que pasamos.

ASC: Enseguida te preguntaré por los años de la guerra, pero antes cuéntanos, entonces, qué recuerdas de Huelva.

CRG: Mis recuerdos de Huelva son muy alegres y felices. Yo era la quinta entre mis hermanos, pero me llevaba bastantes años de diferencia con mi

hermana, la anterior a mí, de manera que fui una niña muy consentida y querida por mis padres, mis tías y mis hermanos. Recuerdo la escuela, la playa, el campo, y también las tareas de mi padre como militante socialista, organizando, por ejemplo, las huelgas de las minas de Río Tinto. Yo veía cómo llegaban obreros a mi casa continuamente, acompañándole. Por entonces, aunque yo era muy pequeña, mi padre me enseñó el respeto a todo hombre y a toda persona fuera cual fuera su procedencia social. Incluso me contó una vez que en cierta ocasión, antes de la República, vino a Huelva el dictador Primo Rivera y le amenazó con desterrarlo en Fernando Poo, pequeño reducto colonial de España en África por entonces, si no rectificaba su trayectoria, y que él le respondió “a sus órdenes, cuando usted deseé. Yo no voy a renunciar a mis ideas”.

ASC: ¿A Miguel Primo de Rivera en persona?

CRG: Sí. Mi padre se relacionaba con obreros, pero también con gente muy pudiente, y cuando Primo de Rivera llegó a Huelva, el gobernador le llamó para presentárselo. Fue entonces cuando sucedió aquello. Afortunadamente, esa amenaza nunca se cumplió.

ASC: Tus apellidos parecen de origen catalán. ¿Tus padres procedían de Catalunya?

CRG: Sí, mi padre era de Tarragona, al igual que mis abuelos. Uno de mis bisabuelos era francés y mi madre tenía raíces catalanas y aragonesas. Mi madre había nacido en Valencia, pero también se sentía catalana.

ASC: ¿Cómo se llamaba tu padre?

CRG: Miguel Rovira Malé. El segundo apellido era de ascendencia francesa.

ASC: ¿Tenía algún puesto de responsabilidad en el Parlamento?

CRG: No. En el Ministerio de Industria.

ASC: ¿Militaba en alguna formación política?

CRG: Sí, en el Partido Socialista Obrero Español, desde los tiempos de Pablo Iglesias. Ingresó en el partido con dieciséis o diecisiete años y su madre lo desheredó por ello. Pero él siempre fue socialista.

ASC: ¿Y tu madre cómo se llamaba?

CRG: Mercedes Gaspar Soler.

ASC: ¿Cuándo llegasteis a Madrid y cómo son tus recuerdos de la guerra?

CRG: Nos trasladamos a Madrid porque mi padre ascendió en el escalafón de ingenieros y lo destinaron al Ministerio de Industria. En Madrid vivimos en la calle Villanueva y luego en la calle Velázquez 25, en el barrio de Salamanca. En julio de 1936 pensábamos viajar a Huelva de vacaciones, pero algún asunto que no recuerdo retrasó el viaje y nos quedamos en Madrid, de manera que allí nos sorprendió el comienzo de la guerra, el 18 de julio. Fue una suerte porque en Huelva la Falange habría detenido a mi padre. Al parecer, él había fundado allí una Escuela del Trabajo a la que todos los empresarios de la ciudad estaban obligados a dejar asistir durante unas horas a sus trabajadores, para que aprendieran a leer y a escribir, además de otros conocimientos elementales. En Huelva había mucha industria, mucha explotación y por tanto un gran analfabetismo. Los obreros asistían a esa escuela, y cuando mi padre se fue a Madrid, le pidieron un retrato suyo para conservarlo en la escuela de recuerdo. Después supimos que los falangistas habían disparado al retrato. Imagínate.

ASC: ¿Qué paso entonces en Madrid, recién iniciada la guerra?

CRG: Al principio yo no sentía temor a los bombardeos, pero luego sí y mucho. El barrio de Salamanca no era muy bombardeado porque en él residía mucha gente favorable a Franco, pero recuerdo con temor los bombardeos y los aviones con la cruz gamada de Hitler. También recuerdo la otra parte: junto a mi casa había un palacete que fue saqueado por los milicianos, y aunque mis padres querían evitar que yo me enterara de todo eso, era imposible, yo me asomaba al balcón y lo veía. En otra ocasión, los milicianos vinieron a casa para llevarse a un amigo de mis hermanos que estaba con nosotros y que iba a la Universidad, y recuerdo los gritos de desesperación de su madre. Otras veces veía manifestaciones de anarquistas por la calle Velázquez, pero eso me gustaba. Yo no entendía bien lo que sucedía, pero me gustaba mucho verlos pasar con sus banderas. Fue entonces cuando mi padre empezó a explicarme todo lo que sucedía. Mi padre y mi madre se amaban enormemente, pero mi madre era conservadora y católica, y se lamentaba de no poder ir a misa en aquellos días.

ASC: ¿Por qué no podía ir a la iglesia?

CRG: Porque solían estar cerradas. Mi padre nunca me habló de ateísmo ni de nada por el estilo, pero él no comulgaba con las creencias de mi madre, que tampoco era ninguna fanática. El caso es que yo crecí con esa dualidad. Tuve además una experiencia muy triste. Mi hermano, que tenía entonces dieciocho años y estudiaba química en la Universidad y pertenecía a la Fundación Universitaria Española, se marchó voluntario al frente de Guadarrama. Recuerdo entonces el dolor de mi madre y la oposición de mi padre, pese a lo cual se fue como voluntario.

ASC: ¿Y después regresó?

CRG: No.

ASC: ¿Por qué?

CRG: Mi padre tenía influencias en el gobierno republicano. Incluso era amigo de Indalecio Prieto, Largo Caballero y Besteiro, e intentó que mi hermano se quedara en algún puesto alejado del frente, pero él no quiso renunciar. Entonces consiguió convencerle de que fuera a estudiar a la Academia de Artillería de Lorca, en donde obtuvo, si no me equivoco, el grado de teniente. Ello le permitió exponerse menos en el frente, aunque cuando Madrid cayó en manos de los fascistas lo metieron en la cárcel, en donde padeció mucho.

ASC: Quizá después podamos retomar la historia de tu hermano. Entretanto, quiero preguntarte por tu destino y el del resto de tu familia a medida que la guerra evolucionaba en sentido contrario al deseado ¿Cómo fue la salida de Madrid?

CRG: Creo que dejamos Madrid en 1939, cuando se oían los disparos del frente desde la casa. Salimos de Madrid en los dos coches que teníamos, un Citroën y –creo recordar– un Mercedes. Venía con nosotros un ingeniero amigo de mi padre y yo les oía hablar. Mi padre me explicaba todo lo que estaba pasando, aunque sin asustarme. Me explicaba que no podría llevarme mis juguetes, salvo un muñeco. El ingeniero y él hablaban y dudaban sobre la carretera que debían tomar, ya que en una de ellas estaban los anarquistas de la FAI y en la otra caían los obuses de Franco. Finalmente decidieron tomar la carretera de los anarquistas, que pasaba por Cuenca. Íbamos dos tías de mi madre, mis padres, mis dos hermanas, el conductor y el ingeniero, divididos en los dos coches. Los anarquistas, que iban de rojo y de negro, nos pararon, le

quitaron a mi madre unas joyas que llevaba consigo y a mi hermana Mercedes unos apuntes de química, creyendo que eran claves. Fue algo muy desagradable, pero lo peor fue que llevaron a mi padre a la cárcel. Después llegamos a Valencia y allí mi madre acudió a diversos contactos, entre otros a un ministro anarquista llamado Peiró, gracias a quien mi padre pudo abandonar la cárcel. De Valencia nos trasladamos a Tarragona, donde vivía mi abuela materna y donde pasamos un tiempo. Pero volvimos a Valencia, ciudad por entonces bombardeada, por mar y aire. Mi padre nunca quiso llevarnos a ningún refugio y, si las bombas caían cerca, nos acostábamos en el suelo del apartamento en el que vivíamos, ubicado en la plaza Castelar. A veces yo me asustaba mucho, hasta el punto de que algunas veces tuve terrores nocturnos. Al médico se le ocurrió que esos miedos y esas angustias se me quitarían con baños de mar ¡y así se me quitaron!

ASC: ¿Con baños de mar?

CRG: Sí. Mi madre me llevaba a la playa de Pinedo, en la que no había peligro de bombardeos. Entonces se me quitaron esos terrores y nunca más volví a tenerlos.

ASC: ¿Qué sucedió después?

CRG. Nos trasladamos a Barcelona, siguiendo al gobierno de la República. Allí había pocos alimentos, todo estaba racionado y sólo había electricidad una o dos horas al día. Recuerdo que pasábamos mucho frío y apenas podíamos cocinar. Tomábamos chocolate y el célebre “chusco” de pan que daban a los militares. A mi padre le habían nombrado coronel y ese “chusco”, al igual que el chocolate, mi madre lo repartía entre todos nosotros y también entre las sirvientas. Unas veces comíamos lentejas, otras espinacas, pero pasábamos hambre. Esa fue la peor época porque además había bombardeos cada media hora. Para evitarnos aquello, mi padre alquiló una casa de campo en Llavaneras, un pueblecito a hora y media de Barcelona, para que residiésemos allí. Él se quedó en Barcelona pero venía sábados y domingos. Yo en ese lugar era feliz porque el mar estaba frente a la casa, aunque no íbamos a bañarnos porque las playas solían ser bombardeadas. De hecho, recuerdo cierta ocasión en que un avión sobrevoló nuestra casa y empezó a ametrallarla. También recuerdo otro bombardeo mientras íbamos en el auto mi padre, el conductor y yo. Nos detuvimos y huimos hacia un lodazal en el que nos tiramos boca abajo, mi padre se echó encima de mí y me cubrió mientras caía la metralla de los aviones.

Recuerdo verla a pocos metros de nosotros. Después tuvimos que proseguir, ya en plena retirada, hacia Girona, en el Ampurdán, y de allí tomamos la carretera hacia Francia, la cual estaba atascada de vehículos, uno tras de otro. Íbamos en los dos coches, mis padres, la hermana de mi padre y su marido, mi hermana Mercedes, mi hermana Rosa María y yo. Íbamos entre heridos y gente que huía. Fue terrible y presencié escenas muy angustiosas. Pasamos hambre y sed. Esa noche llovió mucho y recuerdo que mi madre utilizó una caja de galletas vacía para recolectar agua que bebíamos. Unos soldados heridos me regalaron unas almendras y después ví cómo mataban a una gallina. Finalmente tuvimos que abandonar los coches, los cuales fueron arrojados a un precipicio. Mi padre le había ofrecido uno de ellos al conductor, que había decidido regresar, junto a su esposa, pero él no lo aceptó porque temía que ello le causara problemas. Entonces caminamos campo a través para evitar el paso fronterizo de Le Perthus y evitar así los campos de concentración. Mi padre se había puesto de acuerdo con varios socialistas franceses para que un *maquisard* llamado Muga nos ayudara a cruzar la frontera de manera clandestina. Así fue. Recuerdo que mi padre empezó a silbar, el silbido fue contestado por otro y apareció el tal Muga, un hombre muy moreno y de baja estatura, armado con un rifle y muy amable. Nos llevó a una cabaña, donde estaba su mujer, y recuerdo el gusto con el que allí me tomé un chocolate caliente con pan y mantequilla. Nos quedamos en esa cabaña por un tiempo, gracias a lo cual evitamos los campos de concentración. Estaba cerca del pueblo, Le Perthus, a donde mis hermanas y yo bajamos en algún momento. Allí presencié cómo soldados franceses despreciaban a los soldados españoles republicanos, derrotados y heridos, algunos de ellos tumbados en el suelo. También recuerdo que llegaron a la cabaña de Muga varios representantes del alcalde del pueblo para invitarnos a su casa a algunos de nosotros. Mi padre decidió que fuéramos mis hermanas, Mercedes y Rosa María, y yo. Llegamos a su casa y nos recibieron unos sirvientes, que nos acomodaron en una sala con ventanas a la calle, a una plaza. No había camas ni colchones, aunque sí unos sillones en los que se tumbaron mis hermanas. Yo me pasé la noche asomada a una de esas ventanas y esa noche descubrí lo que era la vida de verdad. Ví a una mujer dando a luz en plena calle, ví cómo el niño salía de su cuerpo, ensangrentado, ví a otra mujer con un niño muerto y a otro niño caminando y gritando. Todo eso me puso brutalmente en contacto con una vida que yo no conocía. Después mi padre marchó a París y de allí regreso a España, a Figueres, donde aún se encontraba el gobierno de la República y en donde resultó herido leve en un pie, durante el transcurso de un bombardeo. El resto de la familia nos habíamos quedado en Narbonne, en el Hotel du Midi, y no sabíamos nada de mi hermano, lo cual nos causaba una

gran angustia, sobre todo a mis padres. No obstante, ellos mantenían la calma y no recuerdo el menor gesto de violencia entre ellos ni hacia nosotras. Siempre les admiré por ello. En fin, de allí nos trasladamos a París, y de allí a México...

ASC: ¿Cómo transcurrió ese largo viaje?

CRG: Mi hermana Mercedes no quería ir a América y pensaba mucho en su novio, quien por cierto era de la Falange y de quien no tenía noticias. Mis padres lo entendieron y convinieron entonces que ella regresara a España y se instalara en casa de nuestra hermana mayor, que se había casado muy joven y se había quedado allí; la guerra le había sorprendido desde el principio en zona franquista y se había hecho falangista. Mi otra hermana, Rosa María, supo que su novio estaba en un campo de concentración y se quedó con nosotros. Fuimos entonces de Narbonne a París, en donde pasé el mayor frío de mi vida y en donde tuvimos que abrigarnos con papel de periódico. Llegamos al Quai d'Orsay, mi madre, mi hermana y yo, y allí nos estaba esperando mi padre junto con dos colegas socialistas. Nos acomodaron en un hotel y al cabo de día y medio fuimos a Bruselas y de allí a Amsterdam, en donde nos reunimos con un grupo de ingenieros españoles que también se dirigían a América. Entre ellos estaba Carlos Gaos, un hermano de José Gaos con quien mi padre tenía amistad y quien también se instalaría en México junto con su hija Amparo, después gran latinista e investigadora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. También estaban varios ingenieros, como Lillo y Sacristán. En Amsterdam embarcamos rumbo a Nueva York en el *Gerolstein*, curiosamente de bandera alemana y con un *hall* en el que había un retrato de Hitler y otro de Mussolini, y con pasajeros judíos que también huían de Europa.

ASC: ¿De dónde procedían los pasajeros judíos?

CRG: Nunca lo supe. Parecían algo asustados. Nosotros, los españoles, intentábamos comunicarnos con ellos en francés y decirles que no tuvieran miedo.

ASC: ¿Cómo fue el viaje?

CRG: Sólo íbamos los judíos y nosotros, y mi padre nunca me dio explicaciones al respecto. Después del viaje, ya en Nueva York, mi padre me contó que uno de los oficiales del barco le llamó un día en la cubierta, le enseñó un papel con una hoz y un martillo dibujados, le dijo “yo, esto” y le abrazó. Después



hizo añicos el papel y lo tiró por la borda. Mi padre también me contó que en otra ocasión, este oficial le dijo que llegando a Nueva York pensaba quedarse allí, escapar y no regresar a Europa. Siempre nos trató muy bien al igual que el capitán, un alemán muy amable que alguna vez me invitó a comer a su mesa. En el barco había cine y lo recuerdo con agrado, aunque al principio me mareaba, al igual que mi hermana. Jugábamos con las hijas de Carlos Gaos y también con un niño judío un poco mayor que nosotros. Correteábamos por todo el barco y nos divertíamos.

ASC: ¿Cómo fue la llegada a Nueva York?

CRG: A mi padre le pusieron en el pasaporte un sello que decía “antes español, ahora sin patria”, lo cual le dolió mucho. Todo el grupo de españoles nos hospedamos en el Hotel Victoria, el cual todavía existe con otro nombre, ubicado cerca de la Catedral de Saint Paul.

ASC: ¿Qué pasó después?

CRG: Todo el grupo nos subimos a un autobús rumbo a México. Atravesamos parte de Estados Unidos y comprobamos la discriminación racial que había hacia los negros, lo cual indignaba mucho a mi padre y a Carlos Gaos. Llegamos a la frontera y la entrada en México, por Laredo, fue terrible.

ASC: ¿Por qué?

CRG: Porque nos encontramos con una miseria pavorosa, al grado de que mi madre le pidió a mi padre que regresáramos a Estados Unidos. Mi padre le respondió que no podíamos hacer eso porque no teníamos dinero y porque nuestro destino era la ciudad de México. Hacia allí nos encaminamos en tren.

ASC: ¿Por qué el destino era la ciudad de México?

CRG: En México se encontraba Indalecio Prieto, quien estaba esperando al grupo de ingenieros en el que íbamos nosotros. Recuerdo que nos acomodamos en un apartamento amueblado muy sencillo, en la avenida de Insurgentes, cerca de la familia de Carlos Gaos. Mi padre recibió algo de dinero para subsistir y, como bien es sabido, Lázaro Cárdenas nos trató muy bien y enseguida encontramos trabajo. Mi padre me inscribió en la Academia Hispano-Mexicana para proseguir mis estudios. Al igual que el Instituto Luis Vives, entre otras escuelas,

había sido fundado por exiliados republicanos, a quienes conocía bien. Por ejemplo, los ingenieros Vinós y Alcalá.

ASC: ¿Qué maestros tuviste en esa Academia? ¿Qué recuerdas de ella?

CRG: Tuve muy buenos maestros. Por ejemplo, al Sr. Navarro.

ASC: ¿Martín Navarro Flores?

CRG: Sí, un hombre ya mayor que los domingos nos llevaba al campo a caminar. También recuerdo a Carlos Velo, quien me encantaba y me transmitió la pasión por la biología. De hecho, era aquello a lo que me quería dedicar, pero tuve también como maestro a Eugenio Ímaz, que me enseñó filosofía, y me interesó más aún. Tuve una clase con él y después de escucharle le dije que quería estudiar eso. También me influyó mucho Rubén Landa, que era filósofo y nos hacía leer el *Discurso del método* de Descartes. También recuerdo las clases de matemáticas del Sr. Carbonell, y de historia con Carlos Ríus, tío del poeta Luis Ríus con el que yo jugaba en el Parque España.

ASC: Eugenio Ímaz fue uno de los filósofos más relevantes del exilio español en México ¿Qué recuerdas de él y de sus clases?

CRG: Era un maestro sumamente bondadoso, atento a todas nuestras preguntas y empeñado en responderlas de manera accesible. Ahora bien, con frecuencia solíamos notarle un poco nervioso. De repente se quedaba como ausente, se volteaba y nos daba la espalda, se llevaba las manos a la cabeza, se excusaba y se quedaba callado. Nosotros nos callábamos también. Esa escena se repetía algunas veces y siempre me impactaba.

ASC: ¿Cómo te adaptaste a tu nueva vida en México? ¿Te sentías desarraigada? ¿Te integraste con facilidad?

CRG: Nunca me sentí desarraigada. Además de relacionarme con el grupo de españoles, también me gustaba hacer amistades con los mexicanos, por ejemplo con una niña llamada Cristina, que venía a tomar clase desde Xochimilco. Incluso me gustaba más frecuentar las amistades mexicanas, pues los españoles no dejaban de estar un tanto ensimismados.

ASC: ¿Qué te transmitían tus padres sobre vuestra nueva vida en México y sobre vuestro futuro?

CRG: Les notaba muy preocupados y sobre todo muy angustiados por lo que le pudiera estar pasando a mi hermano Miguel, que se había quedado en España. Supimos que lo encarcelaron dos o tres veces, aunque finalmente mi padre consiguió traerlo a México. También hizo gestiones para traer a mi hermana Mercedes y a su marido, que había sido falangista, junto con sus cuatro hijos. No querían seguir en España porque había mucha hambre. Mi padre había puesto una fábrica y con los recursos que tenía se hizo cargo de todo, los trajo a México y los mantuvo por un tiempo

ASC: ¿Y cómo pudo sacar de la cárcel a tu hermano Miguel y traerlo?

CRG: Lo habían apresado en el frente de Madrid y, después de cuatro o cinco meses en la cárcel, mi hermana, que estaba relacionada con la Falange, logró sacarlo y llevárselo con ella y su familia a un pueblo cercano a Huelva, donde vivían del negocio del corcho. Allí lo volvieron a apresar porque tuvo un altercado con un grupo de falangistas durante una cena de navidad, en la casa de mi hermana, y lo llevaron a una prisión en Miranda de Ebro, en el norte. Mi hermana logró sacarlo de nuevo pero le hicieron un juicio del que fue absuelto gracias a una causalidad, pues resulta que el fiscal era hijo de un ingeniero falangista al que mi padre, por una cuestión humanitaria, había ayudado en Valencia y hospedado en nuestra casa durante la guerra. Su hijo identificó a mi hermano y por eso le absolvió. Mi hermano huyó entonces a Portugal y, ya en Lisboa, con el apoyo de la Embajada de México y la mediación de nuestro padre, pudo embarcar hacia México, a donde llegó con auténticos delirios de persecución. Recuerdo que iba con él por la calle y no hacía más que moverse y mirar hacia atrás porque sentía que le perseguían.

ASC: Volviendo a tu inserción en la vida mexicana ¿cuándo y cómo conociste a tu principal maestro, José Gaos?

CRG: Hice el examen de admisión a la UNAM y empecé a tomar clases con Gaos en el antiguo edificio de Mascarones. Siguió siendo mi maestro cuando nos trasladamos a la Ciudad Universitaria y en cierta ocasión le dije que me gustaría formar parte de su seminario. Recuerdo que me dijo que debía hacerle un trabajo, en función del cual me respondería. En concreto, me propuso un

trabajo sobre Giordano Bruno y el panteísmo. Se lo entregué y a la semana siguiente me dijo que podía estar en su seminario.

ASC: ¿Cómo recuerdas a José Gaos? ¿Cómo era su personalidad?

CRG: En realidad era muy severo con nosotros. No podíamos faltar a su seminario, en el que cada quien tenía que exponer durante una hora los avances que había hecho durante la semana. A quien le tocaba exponer se sentaba en una silla enfrente de él y empezaba a hablar, mientras él escuchaba y se mecía sobre su silla con los ojos cerrados. Yo a veces le miraba y me preguntaba si se habría dormido. Pero no, siempre estaba despierto. Todo era muy disciplinado. En cierta ocasión le dije que había descubierto que Gamarra copiaba a Verney, a lo que respondió “¿y qué? ¿Cree usted que ha descubierto el Mediterráneo? ¡Fundaméntelo!”. No obstante, era un hombre de gran bondad, nos respetaba mucho y nos trataba de usted. A ese seminario asistíamos Luis Villoro, Bernabé Navarro y Olga Victoria Quiroz Martínez, quienes hacíamos nuestras tesis sobre la introducción de la filosofía moderna en México y en España, y sobre los eclécticos portugueses y su influencia en México, respectivamente. Para hacer mi tesis necesitaba leer textos en latín, que Gaos me ayudaba a traducir.

ASC: ¿Y qué aprendiste de él?

CRG: Todo lo que yo sé se lo debo a Gaos, la verdad sea dicha. Él me enseñó a investigar, a relacionar teorías filosóficas, a leer libros antiguos.

ASC: ¿Por qué te interesaste por la filosofía novohispana o mexicana?

CRG: Gaos me motivó. Inicialmente me interesaban mucho los presocráticos. Yo era muy estudiosa, sacaba buenas calificaciones y Gaos me propuso hacer mi tesis con él. Cuando me preguntó qué me interesaba y le respondí que los presocráticos, me dijo “No, usted va a investigar un tema nuevo, la influencia de los eclécticos portugueses en México, usted va a investigar a Gamarra”. Otra alumna suya, Victoria Junco Posadas, a quien yo no conocí, había estudiado ya a este autor, pero no lo suficiente a juicio de Gaos, quien me propuso que investigara su relación con Locke y Hume, así como la influencia que recibió de Verney. Así lo hice y después seguí con la obra de Agustín Caballero en Cuba y la de Eugenio Espejo en Ecuador. Terminé entonces mi tesis de maestría, que publicó El Colegio de México, y después Gaos me propuso que hiciera la tesis de doctorado sobre Leibniz, Wolf y el eclecticismo alemán. “Yo no sé alemán”,

le dije. “No se preocupe, yo se lo traduzco”, me respondió Gaos, quien además le expresó a Alfonso Reyes su entusiasmo con esta nueva tesis. Pero se presentó Gonzalo del Castillo Negrete, mi futuro esposo. A Gaos le dolió mi casamiento, y si bien estando embarazada de mi primer hijo le ayudé a preparar una antología sobre pensamiento hispanoamericano, una vez que nació dejé de ir a su seminario. Me retiré y Gaos se indignó. Pero para mí la maternidad fue una realización, nunca una carga. Mientras cuidaba a mis hijos yo seguía estudiando en casa. Recuerdo que leía a Hegel, desde la inquietud de lo mexicano. Para entonces varios colegas se habían incorporado a la Facultad con el apoyo de Gaos. A mí no me apoyó porque me había retirado de la vida académica. Además, mi esposo era muy absorbente y con sus actitudes propició mi alejamiento. Me casé muy enamorada y tuvimos cuatro hijos, pero el matrimonio se fue deteriorando poco a poco hasta que finalmente me divorcié. Ello me liberó de muchas angustias, pero tuve que trabajar mucho y dar muchas clases para mantener a mis hijos

ASC: ¿Dónde dabas clase?

CRG: En varias escuelas preparatorias. Gaos ya había muerto y fue Adolfo Sánchez Vázquez, que había sido mi maestro durante mis estudios de filosofía, quien entonces me apoyó. Me lo encontré un día en la Facultad de Filosofía de la UNAM, me preguntó a qué me dedicaba y yo le respondí que daba clases en Preparatoria. Él era coordinador de la Facultad y me dijo que debería dar clase allí. Me propuso entonces que fuera ayudante de Rosa Krauze, que siempre fue muy amable conmigo, y que concursara para impartir clases en la Facultad. Así lo hice, superé el concurso y empecé a dar clases de Introducción a la Filosofía. José Luis Valcárcel me presentó con gran amabilidad a mi nuevo grupo de alumnos. A partir de entonces fui involucrándome cada vez más en la Facultad, dejé las clases en la Preparatoria y, orientada por Laura Benítez, empecé a dedicarme a la filosofía del siglo XIX en México. Conseguí entonces un proyecto de la UNAM en el que trabajaban conmigo Xóchitl López Molina y Rosa Elena Pérez Cruz, ya fallecida, entre otras, y uno de sus resultados fue una antología en tres volúmenes que publicamos con el apoyo de Álvaro Matute. También les estoy muy agradecida a Ambrosio Velasco, quien propuso que me concedieran el premio Universidad Nacional en 2006, y a Jaime Labastida, quien me propuso para el premio Alonso de la Veracruz cuando era presidente de la Asociación Filosófica de México

ASC: Y además tienes muchos discípulos. ¿Qué es lo que te gustaría que heredaran de ti, de tu saber y de tu forma de trabajar?

CRG: Yo aún tengo que aprender y estudiar mucho. Procuero investigar con el rigor que Gaos me enseñó y que espero mis alumnos también tengan.

ASC: De todos tus libros, ¿cuál es el que más satisfacción te causa?

CRG: Todos tienen defectos. Quizá el que dediqué a Francisco de Vitoria, fruto de mi tesis doctoral, es el libro en el que más he profundizado.

ASC. ¿Por qué empezó a interesarte la filosofía novohispana y mexicana, y el humanismo hispánico en general?

CRG: Empecé a comparar el humanismo de Francisco Javier Alegre, Pedro José Márquez y otros jesuitas criollos del XVIII con el de Vitoria, Alonso de la Veracruz o Las Casas, y comprobé que eran muy diferentes. ¿Por qué? El humanismo de los teólogos salmantinos se basa en la caridad, la cual, según mi criterio, es ofensiva la mayoría de las veces: al indígena se le protege y se le quiere mucho, pero a cambio tiene que aceptar la religión, la moral y la cultura de quien ofrece ese amor y protección. Esto no es humanismo. Atraigo al otro hacia mí porque me siento mejor que él. En cambio, sobre todo en Márquez y en Alegre encontré un humanismo auténtico. Márquez afirma que “el verdadero filósofo es cosmopolita. Cualquier hombre, sea blanco o negro, haya nacido en los polos o en la zona tórrida, puede hacer filosofía.” Alegre, por su parte, llega a decir que “un hombre puede hacer acciones positivas sin necesidad de la gracia de Dios.” Esto sí es humanismo.

ASC: ¿Crees que estas discusiones sobre humanismo tienen alguna actualidad? ¿Qué pueden aportar al hombre actual?

CRG: Yo creo que pueden aportar mucho porque la filosofía mexicana tiene dos temas propios de ella. Uno es el humanismo y otro es la utopía. Esta última se entiende en México y en Latinoamérica en general de manera muy distinta que en Europa. Ningún mexicano ni latinoamericano plantea un país ideal o un lugar ideal como lo hicieran Bacon, Campanella o Moro. Aquí se plantean utopías localizadas como las del indígena Guamán Poma, Simón Rodríguez o Severo Maldonado, entre otros muchos. Me preguntarás entonces por qué lo llaman “utopía”. Simplemente porque el marco conceptual que construyen para

transformar la realidad no coincide con su estado de cosas. He debatido mucho acerca de este desfase con Horacio Cerutti y creo que la filosofía mexicana debería abordar este desfase con mayor profundidad que hasta ahora. Este es su gran tema, junto con el del humanismo, y a esto deberían dedicarse sus cultivadores, mucho más que a imitar a Caso o a Vasconcelos.

ASC: En relación con esto ¿cuál es tu opinión sobre la independencia mexicana, sobre el proceso emancipador de México?

CRG: Yo creo que hubo dos proyectos de independencia. Uno, admirable, auténtico y desinteresado, el de Hidalgo y Morelos. Otro, el de los criollos de clase pudiente: Lucas Alamán, los Fagoaga y otros, cuyo núcleo se encontraba en Guanajuato. Estos criollos no querían la guerra con ni la separación de España, sino un concordato que les permitiera gozar de puestos influyentes y de aranceles bajos que beneficiaran sus actividades comerciales. Con este fin viajaron a Europa, a París y a Londres. ¿Para qué? Para vender a México. Lo discuto mucho con mi alumno Luis Patiño, quien está investigando esta cuestión y no está de acuerdo con mi perspectiva porque considera que este proyecto fue, en realidad, el de la verdadera independencia, que no pudo culminarse hasta Iturbide.

ASC: Y de estos dos proyectos de independencia ¿cuál crees que es el que finalmente se ha impuesto y ha condicionado la historia de México?

CRG: Por desgracia, el de Iturbide.

ASC: ¿Y qué opinión te merece la Revolución mexicana?

CRG: Si la auténtica independencia, que fue para mí la de Morelos e Hidalgo, fracasó, la auténtica Revolución, que fue la de Zapata, también. Hago esta afirmación basándome en muchas lecturas que he hecho sobre anarquismo y socialismo en el México de comienzos del XX.

ASC: ¿Cuál es el proyecto de Revolución que se impuso entonces?

CRG: El de una Revolución falsa, entregada a los intereses de Carranza y de Obregón. Me remito a los trabajos de Gastón García Cantú, entre otros.

ASC: ¿Qué opinión te merece el movimiento neo-zapatista?

CRG: Precisamente hace unos días polemizaba con uno de mis hijos sobre esta cuestión. Mi hijo piensa que aún tiene una proyección enorme, pero yo no estoy de acuerdo. Yo creo más bien que ha perdido proyección y que tiende al estancamiento.

ASC: En cualquier caso, ¿crees que el filósofo debe tener una responsabilidad política?

CRG: Sí, y creo que no la tenemos porque tenemos miedo. En este sentido, me parece ejemplar la responsabilidad política que en su momento asumieron Las Casas, Ginés de Sepúlveda y los teólogos de Salamanca, los jesuitas criollos, Hidalgo o Morelos, por ejemplo.

ASC: ¿Miedo en general o miedo hoy, aquí y ahora, en México?

CRG: Miedo de todo tipo. Creo que los filósofos estamos alejados del pueblo, pese a que actualmente se estén implicando mucho profesores como Gabriel Vargas o pese a iniciativas, muy modestas pero llevadas a cabo con toda la intención, como el seminario permanente sobre filosofía mexicana que fundamos en la Facultad de Filosofía de la UNAM Xóchitl López Molina, Victórico Muñoz, Luis Patiño, Ambrosio Velasco y yo misma. Este seminario se ha divulgado más allá del ámbito puramente académico, incluso en alguna estación de metro, y hemos tenido la satisfacción de que han asistido personas ajenas a la academia, humildes, entusiastas e inteligentes. En todo caso, creo que la filosofía mexicana está en un momento de crisis. Se habla mucho de Sierra, Caso o Vasconcelos, por ejemplo, pero no se investiga. Es muy fácil escribir ensayos, pero lo que hace falta es trabajo de biblioteca y archivo.

ASC: Volviendo a tu relación con España, ¿recuerdas cuándo regresaste por primera vez después de 1939?

CRG: No lo recuerdo exactamente. Hace unos veinte años. Obviamente, Franco ya se había muerto.

ASC: ¿Qué sensaciones experimentaste?

CRG: Me encantó España y me conmoví mucho recordando a mis padres, quienes nunca quisieron regresar mientras Franco siguiera en el poder.



ASC: ¿Qué ciudades visitaste?

CRG: Fui sola, en un viaje organizado y visité varias ciudades que me encantaron: Salamanca, Toledo, Ávila, Mérida... Fui a ver la antigua casa de mis padres en Huelva y al monumento que hay en La Rábida, donde yo jugaba de niña. También visité El Escorial y sus alrededores, con un guía turístico que tuvo un gesto muy fino conmigo. Me preguntó por mi acento, le expliqué que era mexicana de origen español y emigrada del 39, y fue muy amable conmigo. En el Valle de los Caídos fue muy prudente y nos explicó que había sido construido por presos republicanos. Después he regresado a Salamanca y a Madrid, invitada a participar en congresos organizados por ustedes, lo cual siempre ha sido un honor para mí.

ASC: ¿Qué se te pasó por la cabeza cuando te enteraste de que Franco había muerto?

CRG: Me dio mucho gusto porque, obviamente, siempre fui antifranquista.

ASC: Durante todos estos años en México, ¿tu padre mantuvo algún contacto con alguien de la España antifranquista, alguna correspondencia, por ejemplo?

CRG: Que yo sepa, no.

ASC: ¿Qué opinión te merece la transición española a la democracia?

CRG: Entiendo que fue una transición relativamente buena, aunque quien me instruye mucho en esto es mi hijo Miguel, que es más crítico que yo. Por lo poco que sé, tengo la impresión de que la monarquía contribuye al equilibrio entre los distintos sectores políticos.

ASC: ¿Crees que la obra cultural y política del exilio republicano del 39 ha sido recuperada como merece en España?

CRG: Quiero pensar que sí.

ASC: Si en algún momento te hubieran ofrecido un puesto académico en España, ¿habrías aceptado?

CRG: Durante el franquismo, de ninguna manera. Después, habría dependido de las circunstancias concretas.

ASC: Última pregunta. ¿Te consideras española o mexicana?

CRG. Mitad y mitad... aunque más mexicana que española.

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

